

Cretinismo

El cuarto y más grande miembro del grupo de los halógenos, el yodo (o iodo, I), tiene una historia que contar. En 1811, Bernard Courtois, un químico que intentaba sacar adelante el casi quebrado negocio familiar tratando de encontrar nitratos a partir de algas que crecen en las costas de Normandía y Bretaña, se pasó echándole ácido sulfúrico a la muestra que manejaba y observó con asombro cómo se

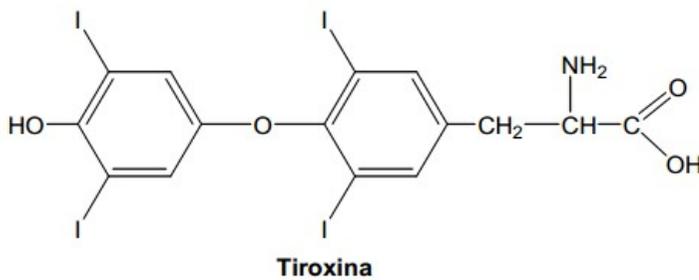


3. Victorine... 21 ans.
Goître. Transition au Crétinisme.

desprendían unas hermosas nubes de vapor violeta que, al alcanzar objetos a menor temperatura, se despositaban sobre ellos formando unos cristales oscuros con un sorprendente brillo metálico. Como carecía del equipo necesario para realizar los análisis pertinentes, correspondió al insigne Gay-Lussac terminar el trabajo y darle al nuevo elemento el nombre de yodo. Courtois fabricó compuestos de la nueva sustancia durante algunos años, pero sus negocios nunca fueron florecientes. Falleció en 1838 dejando a su analfabeta mujer arruinada y malviviendo de la caridad. En Dijón, la ciudad natal del desventurado químico francés, una placa conmemorativa y una calle que lleva su nombre impiden que el mundo se olvide*

del todo de quien fue el descubridor del yodo.

Ya por aquel entonces algunos gobiernos europeos estaban preocupados por la elevada incidencia, en ciertas regiones, de una misteriosa enfermedad conocida como "cretinismo", caracterizada por un llamativo retraso mental y un imponente bocio, es decir, un aumento desmesurado del tamaño de la glándula tiroides en el cuello. En realidad, la dolencia era conocida desde hacía miles de años pero, como venía siendo habitual, nadie se había ocupado mucho de estas cosas hasta bien entrada la Edad Moderna. Sin embargo, semejante mal era muy poco habitual en las zonas costeras y, además, existía la tradición de tratar el bocio con cenizas de esponja de mar. Haciendo una de esas afortunadas conjeturas que jalonan la



historia de la ciencia, en 1859 el médico suizo Jean-François Coindet sugirió que la razón de que esto funcionase es que el contenido de yodo en la esponja de mar y, en general, en

las algas y otros organismos que pululan por la costa, protegía de algún modo contra el cretinismo. El éxito del tratamiento que recomendó fue acompañado de estudios que demostraban la existencia de una evidente correlación entre la concentración de yodo en los diferentes tipos de suelo y la incidencia de la enfermedad. Finalmente, en 1896 el químico alemán Eugen Baumann evidenció la presencia de yodo en la glándula tiroides, y el posterior descubrimiento del papel que juega en la regulación del metabolismo la tiroxina y la triyodotironina, las dos hormonas tiroideas que contienen yodo, terminó por aclarar el papel de este elemento esencial para la salud. A partir de las primeras décadas del siglo XX la sal yodada se ha ido convirtiendo paulatinamente en el método más eficaz para combatir la deficiencia de yodo, algo que sigue siendo un problema para casi un tercio de la humanidad, que sufre o se mantiene en riesgo de verse afectado por la falta de este elemento en cantidad suficiente.

Además de para prevenir o curar el bocio, el yodo es muy empleado en otras áreas de la medicina, tales como los antisépticos o los trazadores para el seguimiento de ciertas pruebas médicas.

El SECRETO DE PROMETEO y otras HISTORIAS sobre la TABLA PERIÓDICA de los ELEMENTOS
ALEJANDRO NAVARRO YÁÑEZ